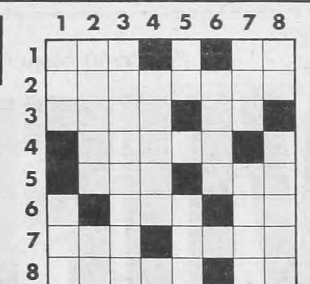
Con censura 23

Las palabras que corresponden a las definiciones se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra, siempre la misma, que debe saltearse cada vez que aparece. Ejemplo: si la letra censurada fuera la R, una palabra como PERRERA entraría en el cuadro como PEEA.



HORIZONTALES

1. Interés excesivo sobre un préstamo. / Símbolo químico del argón.
2. Inscripción, registro.
3. Uno diferente del que se está hablando. / Prep. insep. que denota proximidad.
4. Pellejos en que se guardan líquidos.
5. Juntar, aliar. / Pron. demostr.
6. Gracia, dádiva. / Símbolo químico del astatio.
7. Dueño, señor. / Mecí.
8. Despierto, vivaz. / Terminación verbal.

VERTICALES

1. Supremo. / Arcón grande.
2. Roedor más pequeño que la rata. / Nota musical.
3. Atolondrados, botarates.
4. Niño de muy corta edad.
5. Escapé. / Nave.
6. Produzca, sea ocasión de que suceda una cosa.
7. Masa de nieve que se desmorona de las montañas. / Cure.
8. Calle, vía. / Conducto por donde pasa la orina de los riñones a la vejiga.

SOLUCION 22

Letra censurada: La **M.**
Horizontales: 1) Mínimo / Ya. 2) Silla / AC. 3) Medianera. 4) Romería. 5) Té / Pe. 6) Bursátil. 7) Miel. 8) Mensaje.
Verticales: 1) Miserable. 2) Nido. 3) Milímetros. 4) Molares. 5) Maní. 6) Ea / Time. 7) Amar / Pie. 8) Cabello.

Verano/12

EL PAJARO DE ARENA

Sueños de verano

(Por Miguel Briante) El verano en que Nacho se jugó el techo al truco se supo que, por más que abriera *El pájaro de arena*, todo iba a ser un sueño de intelectuales aburridos de discutir a Sartre y Camus en el *Aquí no es Magoo* de Lomas de Zamora, y que pretendían salvarse al mismo tiempo que se volcaban a la naturaleza. "*Fijensé el nombre tan poético*", dijo El Vasco, señalando al joven compositor que había sugerido el nombre. "*Yo lo pensé viendo los planos de El Flaco*", se excusó el músico. Miraba por la ventanita del único cuartito con techo las vigas y las paredes de madera del restaurante próximo a inaugurarse en el lugar más céntrico de las playas de Pinamar, donde termina la Bunge, donde estaba *Africa*, pero al lado. Llovía: "*Se va haciendo tarde*", marcó El Vasco, y quería decir que Nacho no llegaba ni con la camioneta ni con el techo. También agregó: "*Van cinco años que no podemos inaugurar. ¿No será que para terminar un boliche que trabaja en verano uno tiene que venir a laburar desde el invierno?*".

Rodolfito, el petiso que ahora está en la aduana, le puso ginebra al mate y dijo, con fatiga entusiasta, que no: "*Eso es lo que hace cualquiera, no los revolucionarios como nosotros*". El Vasco siempre fue el más duro: "*Borrachos*", dijo. Rodolfito, el más chico: "*Armás un lío en el partido, te animás a decir que Balbín ya no sirve, hasta que te echan, te metés en Renovación y Cambio y ahora negás las actitudes revolucionarias*", esgrimió. Todos hablaron a un tiempo y Alberto, que ahora es gerente de Aerolíneas Suizas —en las oficinas de Buenos Aires—, pidió moción de orden. "No —aclaró—, me echaron porque me dijeron que había puesto un boliche para darle whisky a los hijos de los conservadores".

"*En fin* —pensó en voz alta Golo, que ahora tiene una whiskería en Adrogué—, *nos vamos poniendo escépticos*". "*Sí* —gritó Rodolfito, que ya tenía futuro en la aduana, sin saberlo—, *pero Nacho es el más escéptico, y justo le dan la camioneta para que le entreguen el techo a él*". En el atardecer, el mar subía hacia la ventanita, como señalando la proximidad de fin de año, de la encrucijada entre inaugurar o perder. Se oyó el ruido de la camioneta y Nacho entró, mojado, casi enseguida, y enseguida habló: "*No digan nada. Pero me lo jugué. Estaban dándole al truco en 'Serenella', entré a tomar un café. Lo perdí*". Antes de que todos se pararan a gritar, El Vasco los paró. "*Ta bien, Nacho* —dijo—. *Ellos querían actitudes revolucionarias. Ahí está*".

El boliche se abrió al verano siguiente y duró unos años, pero la instalación de luz la había hecho el músico y la de gas Rodolfito. Un día, sobre los pilotes que lo alzaban de la arena, el *Pájaro* se quemó.

Atardece: un hombre gordito, de anteojos, que acaba de bajar de una Rural donde espera una familia numerosa, le dice al viento:

—A alguno le habrá ido bien.

Por Carlos Hugo Aparicio

EL VUELO

Junto con el tucumano Hugo Foguet —fallecido en 1987—, el riojano —residente en España— Daniel Moyano y su coterráneo Héctor Tizón, Aparicio, jujeño y poeta, demuestra la fuerza de la literatura del interior. Sus libros de cuentos *Sombras en el fondo* y *Los bultos* lo sugieren. Este relato inédito lo confirma.

Entre la fina, acariciante bruma dentro de la que me sentía flotar suavemente, ya separado por completo de mi cama, sólo recordaba haber tomado anoche un vaso de leche fría, sin azúcar, y comido dos o tres cucharadas del resto del guiso de las doce; ah, y la manzana deliciosa que encontré sobre la mesita de la cocina. Caminé, eso sí, la media hora de siempre por las calles del barrio antes de irme a la cama, con la noche templada y estrellado el cielo se tentaba uno de respirar hondo, colmarse de aire. Tampoco acudí a los calmantes, todo el día me había molestado la puntada a la altura del hígado, síntoma seguro de otro cólico, y el dolorcito de cabeza, infaltable últimamente. No vi televisión, ni me quedé leyendo el diario ni esa novelita de ciencia ficción. Apagué enseguida la luz y, a pesar del vencimiento imposible de atender del día siguiente a primera hora, no tardé en quedarme dormido, las manos juntas sobre el malestar de estómago.

Había estado soñando que me iba en tren, que me escapaba, la helada y retorcida sensación de que huía metido en un camarote duro e incómodo donde el frío se colaba y me hacía tiritar, por estallarme la cabeza y ya insoportable la náusea; a ratos reflejada en el vidrio de la ventanilla la cara de enojo y el gesto amenazante del prestamista; inútil la frazada áspera, inesperadamente llena de agujeros; o se me aparecía el jefe de personal con el ceño fruncido, cuando empezó a invadirme el agradable hormigueo. Primero las piernas, luego los brazos; lo sentía crecer desde bien adentro de mí mismo hasta que en instantes me abarcó totalmente. Lo acompañaba un zumbido arrullador, como si estuviera escuchando claramente las mínimas, las íntimas correntadas de mi sangre. Me aseguré de no tener las manos sobre el pecho, aunque nunca en la vida había respirado tan aliviada y profundamente, desaparecida por completo la molestia en el hígado y la presión de la nuca. Tampoco me ahogaba esa desesperación de las pesadillas que lo atoran a uno de gritos sordos y desgarrantes, muecas y ademanes agónicos al fondo de un agua elástica y cerrada. Al contrario, mi cuerpo despojado de ataduras se colmaba de una vaporosa embriaguez nunca antes sentida; se me vino de golpe al corazón esa luz de gracia y pureza sólo vivida en mis días de niño. Iba a ponerme a lagrimear cuando me di cuenta de que era capaz de enderezarme sin apoyar los pies en el suelo y levantarme si se me ocurría hasta tocar el techo con ambas manos y de quererlo también atravesarlo y perderme en las mismísimas alturas. A pesar de la oscuridad miraba todo felizmente iluminado por mis propios ojos; en mis oídos, acariciándome, el arrullo de mi cuerpo suspendido. Sí, sí, recordaba quién era yo, dónde vivía, con quiénes, en qué lugar trabajaba; nombre, apellido y apodos de mis tres amigos del alma; el perfil de mi novia; número de mi documento de identidad; todas mis deudas sin que me importaran lo más mínimo; la plata, bien apretadita en el bolsillo de atrás del pantalón, escaso sobrante de mi cobro quincenal; el guiso de lentejas qué rico con cebolla verde picada encima que comí al mediodía; la garantía que muy a pesar mío no iba a poder firmar al otro día sin falta hermanito, muebles para mi futuro cuñado, el muy vivo; el nombre completo del médico especialista que me recomendaron, y que para peor no trabaja con mutuales; por mí que se archive. De una súbita, refulgente racha abandoné mi postura horizontal y aparecí flotando dichosamente en la penumbra alunada del cuartito de baño. Como bajo la luz de una potente linterna distinguía amontonados y brillando a los nuevos en la repisa de vidrio del botiquín mi gastado cepillo de dientes, el pomo retorcido del dentífrico, la maquinita de afeitar aún con restos de barba, la brocha endurecida por la pomada blanquecina y seca, el peine negro, el frasco con su culito de loción para después de afeitarse, el jabón de tocador ya de finito próximo a desaparecer. Me sentí ceñirlos con toda la nube de mi cuerpo, que ellos mismos se apretaban contra mi alma, que juntos nos develábamos de gozo. Debo parecer un picaflor, y contuve el ataque de risa dentro de esa resplandeciente oleada. Quieto, boca abajo, por tocar el techo con la espalda, vibrante y luminoso, vestido se me hacía solamente con el calzoncillo y la camiseta malla, ni pensar siquiera en lo que me estaba sucediendo; nada me interesaba salvo esas felices ganas de salir volando hacia cualquier parte.



De otra ráfaga me colé en el dormitorio de ellos. Me puse de pie y caminé insensible a la frialdad del piso de mosaicos para arrimarme al borde de su cama. Dormían tranquilos, los rostros extrañamente pálidos; qué iban ni a soñar en lo que le estaba pasando a su querido hijo. Sobre la mesa de luz, al lado de la lamparita apagada, infaltables las píldoras para el reuma de ella, el vaporizador para los bronquios de él, el vaso de agua para ambos y arrugados los pesos que les dejaba para los gastos del día. No habían apagado la radio a pilas que a esas horas, terminada la trasmisión de la emisora local, sólo carraspeaba intermitentemente. De un salto, pasando limpiamente por encima de la cama, estuve junto a la silla sobre la que acostumbran ponerla; repetidas veces intenté apagarla, pero mi mano pasaba de largo, sin al menos tocarla; quise alzarla, pero ocurrió lo mismo; tampoco pude tocar la silla, ni su saco ahí colgado, ni la cama, ni acariciar las quebradizas canas de ella. De otro impulso volví a ponerme horizontal, a centímetros por encima de sus caras; los contemplé largamente; húmedos mis ojos, y ellos ni se movieron, los labios entreabiertos, como si apenas respiraran.

Con otro exacto envión estuve en el comedor; ahí me di el gustazo de andar a las volteretas por todo el aire iluminado; de volar como un superarquero hacia todas las esquinas, de cruzar piernas y brazos y sentarme casi tocando el techo con la cabeza. Después me puse a revolotear sobre los muebles, la mesa grande del medio con su florero de empolvadas flores de plástico, a un costado el aparador con los juegos de vasos y copas y la jarra de cristal y la bandeja plateada eternamente sin usar; contra la otra pared el combinado todavía echado a perder, y la pila de discos mal acomodados sobre una mesa petisa, y el estante de los libros, y los cuadros de fotos ampliadas con toda la parentela tiesa en pose, y otra vez sobre las sillas de fórmica y el sofá de espaldas al ventanal hacia la calle aún oscura. Todos quietos, acaso respirando quedamente, tragando saliva como yo, sumisos y húmedos al cálido abrazo de mi ser vaporizado. Me decidí y atravesé tranquilamente la losa del techo, volé sobre la terraza sin sentir ni una hebra de frío y me hice una triunfal escapada hasta el fondo en sombras, blanqueado a trechos por la ropa colgada del alambre.

De otro impulso me fui a la calle, la recorrí como una ráfaga luminosa y estremecida hasta la esquina del foco inmóvil y pálidamente solitario, ni siquiera bichos a su alrededor. Estuve un largo rato suspendido sobre la ochava de juntarnos los changos hace tanto ya y al volver, a dos casas de la mía, me hallé súbitamente con el hombre acurrucado bajo papeles y bolsas de cemento vacías en un estrecho umbral; lo sobrevolé hasta asegurarme de un suspiro de que dormía.

Una repentina y profunda puntada fría me frenó en mi intención de volar hacia la casa de mi novia; ya no sentía tan vigorosa la agradable vibración, ni tan claro el zumbido. Presurosamente me volví al baño; empezaba a recuperar la noción plena de mis manos, de mis pies, de mi cuerpo aún teniendo la sensación de haber perdido su forma, y de que en realidad mi cuerpo yacía abandonado entre las frazadas de mi cama. Ni en broma iba a mirarme en el espejo; escapé con dificultad y pesadamente me fui a posar cerca de la puerta de mi dormitorio; honda, pero pa-



Por Carlos Hugo Aparicio

EL VUELO

Junto con el tucumano Hugo Foguet —fallecido en 1987—, el riojano —residente en España— Daniel Moyano y su coterráneo Héctor Tizón, Aparicio, jujeño y poeta, demuestra la fuerza de la literatura del interior. Sus libros de cuentos *Sombras en el fondo* y *Los bultos* lo sugieren. Este relato inédito lo confirma.

Entre la fina, acariciante bruma dentro de la que me sentía flotar suavemente, ya separado por completo de mi cama, sólo recordaba haber tomado anoche un vaso de leche fría, sin azúcar, y comido dos o tres cucharadas del resto del guiso de las doce; ah, y la manzana deliciosa que encontré sobre la mesita de la cocina. Caminé, eso sí, la media hora de siempre por las calles del barrio antes de irme a la cama, con la noche templada y estrellado el cielo se tentaba uno de respirar hondo, colmarse de aire. Tampoco acudí a los calmantes, todo el día me había molestado la puntada a la altura del hígado, síntoma seguro de otro cólico, y el dolorcito de cabeza, infaltable últimamente. No vi televisión, ni me quedé leyendo el diario ni esa novelita de ciencia ficción. Apagué enseguida la luz y, a pesar del vencimiento imposible de atender del día siguiente a primera hora, no tardé en quedarme dormido, las manos juntas sobre el malestar de estómago.

Había estado soñando que me iba en tren, que me escapaba, la helada y retorcida sensación de que huía metido en un camarote duro e incómodo donde el frío se colaba y me hacía tiritar, por estallarme la cabeza y ya insoportable la náusea; a ratos reflejada en el vidrio de la ventanilla la cara de enojo y el gesto amenazante del prestamista; inútil la frazada áspera, inesperadamente llena de agujeros; o se me aparecía el jefe de personal con el ceño fruncido, cuando empezó a invadirme el agradable hormigueo. Primero las piernas, luego los brazos; lo sentía crecer desde bien adentro de mí mismo hasta que en instantes me abarcó totalmente. Lo acompañaba un zumbido arrullador, como si estuviera escuchando claramente las mínimas, las íntimas correntadas de mi sangre. Me aseguré de no tener las manos sobre el pecho, aunque nunca en la vida había respirado tan aliviada y profundamente, desaparecida por completo la molestia en el hígado y la presión de la nuca. Tampoco me ahogaba esa desesperación de las pesadillas que lo atoran a uno de gritos sordos y desgarrantes, muecas y ademanes agónicos al fondo de un agua elástica y cerrada. Al contrario, mi cuerpo despojado de ataduras se colmaba de una vaporosa embriaguez nunca antes sentida; se me vino de golpe al corazón esa luz de gracia y pureza sólo vivida en mis días de niño. Iba a ponerme a lagrimear cuando me di cuenta de que era capaz de enderezarme sin apoyar los pies en el suelo y levantarme si se me ocurría hasta tocar el techo con ambas manos y de quererlo también atravesarlo y perderme en las mismísimas alturas. A pesar de la oscuridad miraba todo felizmente iluminado por mis propios ojos; en mis oídos, acariciándome, el arrullo de mi cuerpo suspendido. Sí, sí, recordaba quién era yo, dónde vivía, con quiénes, en qué lugar trabajaba; nombre, apellido y apodos de mis tres amigos del alma; el perfil de mi novia; número de mi documento de identidad; todas mis deudas sin que me importaran lo más mínimo; la plata, bien apretadita en el bolsillo de atrás del pantalón, escaso sobrante de mi cobro quincenal; el guiso de lentejas qué rico con cebolla verde picada encima que comí al mediodía; la garantía que muy a pesar mío no iba a poder firmar al otro día sin falta hermanito, muebles para mi futuro cuñado, el muy vivo; el nombre completo del médico especialista que me recomendaron, y que para peor no trabaja con mutuales; por mí que se archive. De una súbita, refulgente racha abandoné mi postura horizontal y aparecí flotando dichosamente en la penumbra alunada del cuartito de baño. Como bajo la luz de una potente linterna distinguía amontonados y brillando a los nuevos en la repisa de vidrio del botiquín mi gastado cepillo de dientes, el pomo retorcido del dentífrico, la maquinita de afeitar aún con restos de barba, la brocha endurecida por la pomada blanquecina y seca, el peine negro, el frasco con su culito de loción para después de afeitarse, el jabón de tocador ya de finito próximo a desaparecer. Me sentí ceñirlos con toda la nube de mi cuerpo, que ellos mismos se apretaban contra mi alma, que juntos nos develábamos de gozo. Debo parecer un picaflor, y contuve el ataque de risa dentro de esa resplandeciente oleada. Quieto, boca abajo, por tocar el techo con la espalda, vibrante y luminoso, vestido se me hacía solamente con el calzoncillo y la camiseta malla, ni pensar siquiera en lo que me estaba sucediendo; nada me interesaba salvo esas felices ganas de salir volando hacia cualquier parte.



De otra ráfaga me colé en el dormitorio de ellos. Me puse de pie y caminé insensible a la frialdad del piso de mosaicos para arrimarme al borde de su cama. Dormían tranquilos, los rostros extrañamente pálidos; qué iban ni a soñar en lo que le estaba pasando a su querido hijo. Sobre la mesa de luz, al lado de la lamparita apagada, infaltables las píldoras para el reuma de ella, el vaporizador para los bronquios de él, el vaso de agua para ambos y arrugados los pesos que les dejaba para los gastos del día. No habían apagado la radio a pilas que a esas horas, terminada la trasmisión de la emisora local, sólo carraspeaba intermitentemente. De un salto, pasando limpiamente por encima de la cama, estuve junto a la silla sobre la que acostumbran ponerla; repetidas veces intenté apagarla, pero mi mano pasaba de largo, sin al menos tocarla; quise alzarla, pero ocurrió lo mismo; tampoco pude tocar la silla, ni su saco ahí colgado, ni la cama, ni acariciar las quebradizas canas de ella. De otro impulso volví a ponerme horizontal, a centímetros por encima de sus caras; los contemplé largamente; húmedos mis ojos, y ellos ni se movieron, los labios entreabiertos, como si apenas respiraran.

Con otro exacto envión estuve en el comedor; ahí me di el gustazo de andar a las volteretas por todo el aire iluminado; de volar como un superarquero hacia todas las esquinas, de cruzar piernas y brazos y sentarme casi tocando el techo con la cabeza. Después me puse a revolotear sobre los muebles, la mesa grande del medio con su florero de empolvadas flores de plástico, a un costado el aparador con los juegos de vasos y copas y la jarra de cristal y la bandeja plateada eternamente sin usar; contra la otra pared el combinado todavía echado a perder, y la pila de discos mal acomodados sobre una mesa petisa, y el estante de los libros, y los cuadros de fotos ampliadas con toda la parentela tiesa en pose, y otra vez sobre las sillas de fórmica y el sofá de espaldas al ventanal hacia la calle aún oscura. Todos quietos, acaso respirando quedamente, tragando saliva como yo, sumisos y húmedos al cálido abrazo de mi ser vaporizado. Me decidí y atravesé tranquilamente la losa del techo, volé sobre la terraza sin sentir ni una hebra de frío y me hice una triunfal escapada hasta el fondo en sombras, blanqueado a trechos por la ropa colgada del alambre.

De otro impulso me fui a la calle, la recorrí como una ráfaga luminosa y estremecida hasta la esquina del foco inmóvil y pálidamente solitario, ni siquiera bichos a su alrededor. Estuve un largo rato suspendido sobre la ochava de juntarnos los changos hace tanto ya y al volver, a dos casas de la mía, me hallé súbitamente con el hombre acurrucado bajo papeles y bolsas de cemento vacías en un estrecho umbral; lo sobrevolé hasta asegurarme de un suspiro de que dormía.

Una repentina y profunda puntada fría me frenó en mi intención de volar hacia la casa de mi novia; ya no sentía tan vigorosa la agradable vibración, ni tan claro el zumbido. Presurosamente me volví al baño; empezaba a recuperar la noción plena de mis manos, de mis pies, de mi cuerpo aún teniendo la sensación de haber perdido su forma, y de que en realidad mi cuerpo yacía abandonado entre las frazadas de mi cama. Ni en broma iba a mirarme en el espejo; escapé con dificultad y pesadamente me fui a posar cerca de la puerta de mi dormitorio; honda, pero patente la punta del escalofrío, nublándose gradualmente todo el aire; ni concentrándome, ni encogiéndome hasta las lágrimas evitaba el debilitamiento ni que el frío comenzara ya a sacudirme, a hacerme estremecer. Cerré la mirada que se me apagaba con rapidez, o no sé, acaso la perdí sin quererlo y sentí brusco el chiflón en el que iniciaba una caída vertiginosa mientras parecía que me iba desnudando de todo junto al veloz crecimiento de la helazón que ahora me abrazaba estrechamente y me calaba hasta lo último. Caída ciega que arrastraba y aturdía mis sentidos, iba borrando mi memoria, deshaciendo el último asidero por el que tan lejanas se desesperaban mis manos. Una negrura cada vez más espesa y asfixiante se me adentraba como un hielo hasta el alma; me volvió aguda como nunca, quitándome la respiración, la puntada en el hígado y también el dolor de cabeza ya definitivamente instalado en la nuca; me escuchaba lloriquear, pero las lágrimas, los gemidos se me trancaban en el pecho, se me amontonaban en un puño inaguantable.

Abrí los ojos. Respiraba agitadamente, el corazón me retumbaba; me hirió la claridad cenicienta a través de la banderola abierta. Todo estaba quieto, en su sitio; mi ropa mal acomodada sobre la silla, ahí el ropero aún sobresaliendo en una de sus puertas el pedacito de cartón que ponía para poder ajustarla, las revistas y los diarios viejos apilados como sea sobre otra silla, el guardarropas contra la pared y encima el espejo despojándose también de las sombras.

Me toqué la cabeza, me refregué los ojos, moví los brazos, las piernas; ahora qué lo tiró los dolores se agudizaban y tenía la boca agria y duros los tragos. Controlé el reloj pulsera, uyyy, justo a tiempo; a lo mejor si le hablaba me prorrogaba por unos días la fecha del vencimiento; junté las últimas fuerzas para poder levantarme, ponerme fatigosamente las medias, el pantalón, la camisa; la macana si me embargaba, no creía que llegara a eso, no podía ser tan así, qué yeta; trataba de vencer del todo esas ganas de volverme a acostar y desaparecer bajo las frazadas, dormirme de nuevo.

En el baño en penumbras a pesar de la creciente claridad, todo volvió a ser distante, más áspero y frío y gastado; sin prender la luz terminé de peinarme; aunque me lavé otra vez seguro que no se borró de mi cara el tizne de su rictus de amargura, ni mis ojos dejaron de hundirse opacos y vacíos.

Abrí la puerta de su dormitorio; seguían durmiendo; iba a cerrarla despacito cuando comenzó a sonar la radio con esa cortina musical para iniciar la programación del día; fui en puntas de pie, haciendo un amplio rodeo a causa de la cama de dos plazas, y la apagué; la marca de la perilla estriada se prendió dolorosa a mis dedos. Ellos ahora roncaban a dúo.

Cuando salí a la calle el sol me lastimó los ojos; aguantándome el punzante dolor de estómago y mi cabeza por reventar, empecé a apurarme, arrastrando los pies me apuraba hasta que tropecé por caerme al ver cómo el hombre ahora sentado en el mismo umbral se refregaba los ojos, indiferente al desparramo de papeles y bolsas de cemento vacías a su alrededor; desvié la vista y traté de correr con el aire frío en contra, que justo sonando a laterío, rebalsando de gente, el ómnibus delante de su propia polvareda se acercaba volando a la esquina.

P O L L I N I



tente la punta del escalofrío, nublándose gradualmente todo el aire; ni concentrándome, ni encogiéndome hasta las lágrimas evitaba el debilitamiento ni que el frío comenzara ya a sacudirme, a hacerme estremecer. Cerré la mirada que se me apagaba con rapidez, o no sé, acaso la perdí sin quererlo y sentí brusco el chiflón en el que iniciaba una caída vertiginosa mientras parecía que me iba desnudando de todo junto al veloz crecimiento de la helazón que ahora me abrazaba estrechamente y me calaba hasta lo último. Caída ciega que arrastraba y aturdía mis sentidos, iba borrando mi memoria, deshaciendo el último asidero por el que tan lejanas se desesperaban mis manos. Una negrura cada vez más espesa y asfixiante se me adentraba como un hielo hasta el alma; me volvió aguda como nunca, quitándome la respiración, la puntada en el hígado y también el dolor de cabeza ya definitivamente instalado en la nuca; me escuchaba lloriquear, pero las lágrimas, los gemidos se me trancaban en el pecho, se me amontonaban en un puño inaguantable.

Abrí los ojos. Respiraba agitadamente, el corazón me retumbaba; me hirió la claridad cenicienta a través de la banderola abierta. Todo estaba quieto, en su sitio; mi ropa mal acomodada sobre la silla, ahí el ropero aún sobresaliendo en una de sus puertas el pedacito de cartón que ponía para poder ajustarla, las revistas y los diarios viejos apilados como sea sobre otra silla, el guardarropas contra la pared y encima el espejo despojándose también de las sombras.

Me toqué la cabeza, me refregué los ojos, moví los brazos, las piernas; ahora qué lo tiró los dolores se agudizaban y tenía la boca agria y duros los tragos. Controlé el reloj pulsera, uyyy, justo a tiempo; a lo mejor si le hablaba me prorrogaba por unos días la fecha del vencimiento; junté las últimas fuerzas para poder levantarme, ponerme fatigosamente las medias, el pantalón, la camisa; la macana si me embargaba, no creía que llegara a eso, no podía ser tan así, qué yeta; trataba de vencer del todo esas ganas de volverme a acostar y desaparecer bajo las frazadas, dormirme de nuevo.

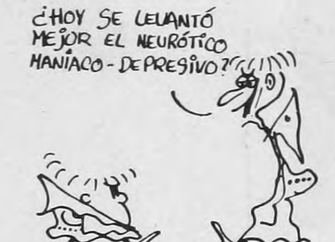
En el baño en penumbras a pesar de la creciente claridad, todo volvió a ser distante, más áspero y frío y gastado; sin prender la luz terminé de peinarme; aunque me lavé otra vez seguro que no se borró de mi cara el tizne de su rictus de amargura, ni mis ojos dejaron de hundirse opacos y vacíos.

Abrí la puerta de su dormitorio; seguían durmiendo; iba a cerrarla despacito cuando comenzó a sonar la radio con esa cortina musical para iniciar la programación del día; fui en puntas de pie, haciendo un amplio rodeo a causa de la cama de dos plazas, y la apagué; la marca de la perilla estriada se prendió dolorosa a mis dedos. Ellos ahora roncaban a dúo.

Cuando salí a la calle el sol me lastimó los ojos; aguantándome el punzante dolor de estómago y mi cabeza por reventar, empecé a apurarme, arrastrando los pies me apuraba hasta que tropecé por caerme al ver cómo el hombre ahora sentado en el mismo umbral se refregaba los ojos, indiferente al desparramo de papeles y bolsas de cemento vacías a su alrededor; desvié la vista y traté de correr con el aire frío en contra, que justo sonando a laterío, rebalsando de gente, el ómnibus delante de su propia polvareda se acercaba volando a la esquina.



Por **HENFIL**









GARAY EDICIONES

JUEGOS

23 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primer palabra resultan "transformadas". Como ayuda le damos tres letras ya colocadas.

1	F				
2					
3					
4	P				
5					
6					
7	C				
8					
9					

DEFINICIONES

1. Carente, que no tiene algo.
2. Error, infracción.
3. Fruto del palto.
4. Salga, diríjase.
5. Misiva.
6. Rafaella... cantante italiana.
7. Rumiante doméstico con cuernos.
8. Serpiente venenosa.
9. Metal de color rojo pálido.

23 "LA SOPA DEL 7"

I	Y	U	J	H	G	F	D	S	N
S	E	F	G	H	K	I	E	C	U
O	L	U	S	E	N	F	O	L	P
A	P	A	D	R	A	U	G	C	A
F	L	M	T	R	C	O	N	I	N
N	O	A	G	E	S	E	L	O	R
I	E	I	J	L	X	F	V	I	M
T	P	U	L	B	E	T	A	L	O
E	I	M	A	O	G	R	O	F	T
V	L	T	S	E	F	M	A	E	X
J	O	Z	U	Ñ	O	L	G	T	I
A	G	P	M	L	G	O	A	O	N
T	O	F	U	I	O	Y	F	E	R

Encuentre los nombres de 7 partes de un libro que pueden estar escritos en horizontal, vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

23 "NUMERO OCULTO"

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene ese intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
2	9	7	3	0	1
3	9	4	1	1	0
4	0	5	1	0	1
8	7	2	3	2	0

				B	R
				4	0
2	0	4	9	0	2
3	9	2	7	0	1
6	4	8	0	0	2
6	8	5	7	2	0

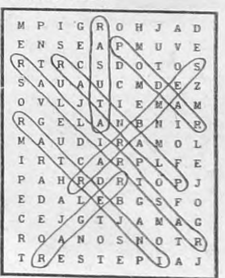
SOLUCIONES

22

"TRANSFORMACION"

VALLA
VALLE
CALLE
CALLO
CALDO
CARDO
CERDO
CERCO
CIRCO

"LA SOPA DEL 7"



M	P	I	G	R	O	H	J	A	D
E	N	S	E	A	P	M	U	V	E
R	T	R	C	S	D	O	T	O	S
S	A	U	A	U	C	M	D	E	Z
O	V	L	J	T	I	E	M	A	M
R	G	E	L	A	N	B	N	I	R
M	A	U	D	I	R	A	N	O	L
I	R	T	C	A	R	P	L	F	E
P	A	H	R	D	R	T	O	P	J
E	D	A	L	E	B	G	S	F	O
C	E	J	G	T	J	A	N	A	G
R	O	A	N	O	S	N	O	T	R
T	R	E	S	T	E	P	I	A	J

"NUMERO OCULTO"

1. 6317
2. 7649